

á otra cuestion, en la que nada se sabe; no obstante, conviene que Eugenio tenga alguna idea de este punto.

### § III.

De la union de nuestra alma con el cuerpo, esplicada primeramente en el sistema de los antiguos del infinjo físico.

EUG. — Nunca os he visto, Teodosio, tan desanimado como ahora. ¿Decís que nada se sabe de la union de nuestra alma con el cuerpo? ¿Pues qué no se ha meditado en esto nada?

TEOD. — Mucho. Pero, ¿qué importa cavar en las minas si no se encuentra vena de oro? Yo tengo tal tedio á fundar casas en el aire, y á edificar mil sistemas sobre nada, que pierdo el ánimo en no hallando cosa sólida en que fundarme: todavía no he aprendido á andar en una casa á oscuras, porque eso es jugar á la gallina ciega, y querer quebrarse la cabeza.

SILV. — ¿Pues qué duda teneis en decir que el alma y el cuerpo estan unidos entre sí físicamente como la forma á su materia? No hay cosa mas natural y sencilla, ni mas conforme á la esperiencia. No me podeis negar que el alma gobierna todos los movimientos del cuerpo.

TEOD. — No lo niego.

SILV. — Tampoco podeis negar que los sentidos del cuerpo hacen al alma sabedora de los objetos que les pertenecen.

TEOD. — Tambien lo concedo.

SILV. — Luego estas dos sustancias alma y cuerpo estan unidas entre sí.

TEOD. — Concedo.

SILV. — Pues entonces ¿cómo decís que de esto nada se sabe si concedéis como cosa evidente esta union de las dos sustancias?

TEOD. — Yo concedo que estan unidas estas dos sustancias; mas cómo estan unidas no lo sé, y digo que ninguno lo sabe.

SILV. — ¿Pues qué dificultad teneis en que se unan?

TEOD. — La tengo, porque yo comprendo bien cómo se unen dos cuerpos; pero no entiendo cómo sea la union de un espíritu con un cuerpo. Si ese engrudo (permitid que así me esplice, porque en una conversacion familiar no es impropio usar de frases en que la amistad se desenfada): si ese engrudo ó union es materia no pega en el alma; si es espíritu no pega en el cuerpo; porque si yo no entiendo cómo el alma se pega al cuerpo, tampoco entenderé cómo se pegue con este esa union espiritual. Yo veo esta union y no la entiendo.

SILV. — Eso lo entiendo yo bellamente. No puede el alma ir á parte alguna sin llevar el cuerpo consigo, ni el cuerpo puede ir sin llevar al alma. La esperiencia muestra que esto es así; luego estan unidos.

TEOD. — Amigo mio, no os pongo duda en la union. Digo que no entiendo cómo es. El que dudase de la union seria un necio; pero esplicar cómo esta sea, esto es, todo el trabajo, porque siendo

espiritual el alma se penetrará con el cuerpo; y cuando el alma quisiere mover un brazo del hombre, ¿cómo lo ha de hacer si ella entra por el brazo adentro, y sale sin sacar de su lugar el brazo, porque pasa por él facilmente? Decidme, Eugenio: ¿no sería locura que yo quisiese mover un vidrio con la luz, y llevarle á mi arbitrio arriba y abajo? Todos se reirian de mí, porque la luz entra y sale por el vidrio sin hacer en él la menor impresion; luego lo mismo se podrá decir del alma y el cuerpo: aunque esté junta con él, ó metida ó penetrada con él, no le podrá mover.

EUG. — Ahora sí, Teodosio, ahora percibo vuestra dificultad.

TEOD. — Esta dificultad tanto milita en el alma respecto del cuerpo, como en el cuerpo respecto del alma; y así por lo que es accion física, ni el alma puede impeler los espíritus animales á los músculos de los movimientos, ni los espíritus en los órganos de los sentidos, ó llevados al cerebro podrán hacer la misma impresion en el alma.

SILV. — Sea como fuere ninguno puede negar que el alma mueve los brazos, y que un golpe dado en un brazo se hace sentir en el alma.

TEOD. — Amigo Silvio, ninguno duda que en cuanto vivimos estan unidas estas dos sustancias: la duda es en qué consiste esta union, porque ciertamente no es como la que vemos entre dos cuerpos; y así el antiguo sistema del influjo físico, esto es, de la accion física del espíritu sobre el cuerpo, y del cuerpo sobre el espíritu, no se puede seguir.

SILV. — Si vemos que queriendo mi alma mover

un dedo luego en el instante le mueve, ¿qué mas quereis para probar que el alma tiene accion sobre el dedo? Es cosa que admira. Confesais que el alma está animando los miembros todos, y que inmediatamente que los quiere mover los mueve, y no la quereis conceder la virtud de moverlos.

TEOD. — Amigo, mal camino habeis buscado para rebatirme. Ahora vamos al argumento. ¿Con que vos decís que le basta al alma estar en el brazo ó en los dedos para moverlos en el mismo instante en que los quisiere mover? Ahora bien, ¿por qué no moveis las orejas ó la nariz? ¿No llega allá la virtud del alma? Las bestias de nuestros carruajes mueven con facilidad las orejas; pero sus dueños no las saben mover.

EUG. — ¿No llegará, Silvio, nuestra alma á animar las orejas ó la nariz? ¿Son acaso las mulas mas señoras de su nariz que nosotros?

SILV. — Amigo, no os burleis, que el punto es serio. Nosotros tambien en las perlesías quedamos con algunos miembros baldados sin movimiento.

TEOD. — Entonces pregunto: ¿ó está en esos miembros el alma ó no? ¿Qué escogeis?

SILV. — No tengo obligacion de decir que el alma asiste en los miembros paralíticos: son miembros muertos, y en los muertos no hay alma.

TEOD. — Y cuando esos miembros paralíticos solamente pierden el movimiento, mas no la sensacion y nutricion, ¿tienen esto sin alma? ¿O á una pierna, v. g., la concedeis tres almas diversas, una *motriz* que produce los movimientos, otra *sensitiva*

que recibe las sensaciones, y otra *vegetativa* que nutre los miembros?

EUG. — Y aun ¿no falta otra alma racional, y esta siempre está en el hombre, en virtud de la cual él discurre?

TEOD. — No persigais á Silvio con vuestras enfáticas preguntas. ¿Quereis que discorra el hombre en los tobillos ó en las piernas?

SILV. — Vosotros allá os entendéis los dos. Lo que yo quiero es que me espliqueis este punto: veremos cómo os librais de las dificultades.

TEOD. — Amigos, que el alma racional anima nuestros cuerpos no tiene duda: que habita en ellos es punto sin cuestion. Ahora en donde reside el alma dentro de nosotros es punto que ninguno resuelve prudentemente, porque yo no he leído en esta materia cosa que me hiciese peso, y no sé nada ni digo nada. Sé que está en nosotros; que gobierna nuestros movimientos, y que recibe nuestras sensaciones; mas cómo es esto digo francamente que no lo sé.

EUG. — Vamos al movimiento de las orejas, etc.

TEOD. — El movimiento de los miembros no pende solamente de la voluntad del alma, y por eso os puse este argumento. Depende de que esté desembarazado el músculo que pertenece á ese miembro, el cual músculo no le tienen nuestras orejas; y en lo que toca á los miembros paralíticos hay muchas especies de perlesía, porque unas veces pierde el miembro el movimiento solamente, y entonces procede del encalle y obstruccion en los nervios de los músculos; otras veces pierden la sensacion, y

esto nace de que los nervios que vienen del órgano esterno no tienen paso libre al cerebro, en donde se ha de hacer la sensacion, lo que acontece en las apoplejías, por el encalle que hallan los espíritus animales que residen en nuestros nervios sensorios cuando van á pasar por la nuca; otras veces hasta los órganos de la nutricion se hallan obstruidos, y se ven la pierna y el brazo mas desecados y mas flacos. Ved aquí, Eugenio mio, cómo esplicamos nosotros estos efectos. En donde se ve, Silvio, que esta idea que teneis de que nuestra alma estando en nuestro cuerpo puede mover cualquier miembro de él, así como mi mano puede mover aquel ó este libro, esto es falso en quanto al modo.

SILV. — Está concluido. Demos que no tenga nuestra alma accion para mover inmediatamente los brazos, etc.; pero tenga accion y fuerza para mover los espíritus animales hácia este ó aquel músculo que causa este ó aquel movimiento: para el caso viene á ser lo mismo.

TEOD. — Y vuelve la misma dificultad que os puse. Si nosotros no podemos formar concepto de que la luz mueva á un vidrio, viendo que pasa por él sin dificultad alguna, ¿cómo hemos de decir que el alma mueve el fluido nervioso, ó lo que es aquello que llena los músculos, si este ha de ser precisamente cuerpo, y nuestra alma por ser espiritual pasa y repasa por cualquier cuerpo tan fácilmente como la luz por el vidrio?

SILV. — Sea como fuere de alguna suerte ha de ser.

TEOD. — Decidme, pues: quiero concederos de

barato, aunque lo niego; pero vaya para hacer nuevo argumento. Supongamos que el alma puede físicamente impeler el fluido nervioso hácia los músculos: es preciso que vaya allá adonde estan los principios de estos músculos. Ahora bien, qualquiera aldeana que montada en su asnillo viene á vender su fruta á la plaza sabe menos anatomía que nosotros, y no obstante se desembaraça muy bien en todos los movimientos desde que sale de su casa hasta que vuelve á ella; y yo en conciencia no sé en qué parte cae la boca de los nervios que vienen á los músculos de mi brazo, y para hacer cualquier movimiento en él por un modo natural son precisos muchos músculos y mil movimientos, ya combinados, ya sucesivos, ya alternados. ¡La pobre alma metida en el cerebro con todos los nervios allí rematados, y el fluido nervioso á sus órdenes, ¡cómo se hallaria aturdida sin saber en donde empezaba este nervio, en donde principiaba el otro músculo opuesto, que es su antagonista, para ya levantar el brazo ó ya bajarle, ya cerrar la mano, ya abrirla, etc.! ¿ Quien enseñó la anatomía á la aldeana que no me la enseñó á mí, que me hallo bien ignorante en esto?

SILV. — Podeis decir lo que quisiéreis, que yo os hallo con tal incredulidad en los puntos mas corrientes, que no me cansaré mas en persuadiros. Decid todo lo que quisiéreis.

TEOD. — Ahora, Silvio, os daré un abrazo muy apretado si me esplicareis otro punto ú otra dificultad en este mismo punto: si os dan un golpe en la mano le sentís en el alma, y se hallan en ella dos

cosas: una es el conocimiento de que llegó á vuestra mano cuerpo extraño con movimiento fuerte; otra es el dolor que el alma siente despues de este golpe. Este conocimiento es una accion espiritual, y el fluido nervioso que va por los nervios es un poco de materia. ¿No me direis cómo puede un poco de materia moviéndose producir inteligencia y conocimiento espiritual, y esto por accion física? Lo que yo entiendo bien es que movimiento local produzca movimiento local, y nada mas: ahora digo que no entiendo que el movimiento local de materia pueda producir un acto espiritual de inteligencia y conocimiento. Creo, eso sí, y experimento, que despues que me dieron el golpe, y que los espíritus animales llegaron al cerebro, hay en vuestra alma esta inteligencia y conocimiento; mas cómo esto sea digo que no lo sé. Sé que ello es así, porque cada uno lo experimenta en sí mismo; pero ignoro el modo con que esto sucede en nosotros.

SILV. — Alabo la humildad, que no es la mejor virtud de los filósofos. El filósofo ha de ser atrevido, y tener un espíritu fogoso, que no sea como un viejo consejero, que con los ojos en la punta de la nariz, y muy descansado, solo sentencia por lo que halla en el *Pegas* ó en otro libro de derecho, explicado por otros viejos como él, muy cansados ya, y muy descansados en sus cátedras. Pero vamos adelante.

TEOD. — A la verdad, amigos, que este recíproco juego, este comercio entre el alma y el cuerpo no consiste solamente en comunicar el cuerpo al alma las sensaciones, y el alma al cuerpo sus movimien-

tos ; pero está en que ni el cuerpo se mueve sin que el alma tenga sus inteligencias, ni el alma tiene conocimiento alguno ó apetito sin que el cuerpo corresponda con tal ó cual movimiento.

SILV. — No convengo en eso último, porque cuando yo estoy muy quieto, recostado en mi bufete, pensando en los remedios de mis dolientes, sin bullir pie ni mano, discurre el alma y no trabaja el cuerpo.

TEOD. — Continúad en pensar en eso tres horas seguidas sin descansar. ¡Qué tal os quedará la cabeza!

SILV. — Eso sí, por fuerza me ha de doler.

TEOD. — Luego es cierto que se movía el cerebro, de lo contrario no hubiera dolor. Y ¿no se pone muchas veces el rostro encarnado, los ojos caídos y perdido el sueño? Pues todo esto prueba movimiento corporal, y cuanto mas abstracta es la materia en que discurremos, y mas distante está de las cosas sensibles, mas trabaja el cuerpo y mas nos duele la cabeza. Id por una tarde entera á hacer cuentas, que es cosa bien abstracta, y palpad la cabeza, veréis que la hallais caliente como un horno.

EUG. — Eso sí.

TEOD. — Pues en ese sentido digo que nunca trabaja nuestra alma sin que la acompañe el cerebro de algun modo; y ved aquí uno de los muchos misterios filosóficos que tenemos precision de admitir, creyendo que ello es así, porque lo sentimos y lo experimentamos en nosotros mismos; pero ignorando siempre cómo ello sea.

SILV. — Mas ya que tanto despreciáis lo que decimos, dad vosotros otra mejor sentencia.

TEOD. — No daré mejor sentencia; pero explicaré otras dos sentencias que tampoco dicen cosa que me satisfaga.

SILV. — Ved aquí lo que yo no puedo sufrir. Bien conozco que lo que yo digo no es así; pero vos no decís cosa mejor: y entonces, ¿para qué me culpáis?

TEOD. — Yo no tengo obligacion de saberlo todo; luego no tengo obligacion de explicarlo todo de modo que satisfaga. Decís una cosa que no me agrada, yo la repruebo. Si yo os dijese otra que no os agrade, desechadla, y quedamos pagados; mas en este punto nada me agrada, y en todo hallo inconveniente; pero siempre Eugenio gustará de saber lo que dicen los mas sobresalientes.

#### § IV.

De la armonia preestablecida, esto es, de la sentencia de Leibnitz sobre la union del alma con el cuerpo.

SILV. — Estoy con deseo de saber esas vuestras opiniones.

EUG. — Yo tambien.

TEOD. — Yo os aseguro que os ha de gustar por un modo nuevo.

EUG. — ¡Modo nuevo! ¿Y en qué sentido?

TEOD. — Porque os habeis de reir y pasmar de la

cosa mas ingeniosa, y al mismo tiempo la mas extravagante que jamas se dijo con linda apariencia de verdad, pero sin mas que la apariencia.

SILV. — Vamos á eso.

TEOD. — Leibnitz, y despues de él Wolff, su grande apasionado y comentador, dice : que la union y comercio entre el cuerpo y el alma consiste en la armonía preestablecida.

SILV. — No entiendo esta armonía : habládme claro.

TEOD. — Me explicaré: mas preparaos para la cosa mas nueva que jamas oísteis. Dice que el cuerpo humano es una máquina ó un reloj de tal naturaleza, que en él todos los movimientos que tiene se van sucediendo unos á otros, naciendo de ellos por esencial disposicion de la máquina, y esto independiente del alma que en él habita : de forma que si Dios sacara de repente el alma de Camoes, v. g. sin destruirle el cuerpo, este poeta hablaria, comeria, escribiria sus *Lusiadas*, y todos sus versos sin tener alma, del mismo modo que lo hizo teniendo alma racional; porque el alma que nosotros tenemos, dice Leibnitz, de ningun modo influye en el cuerpo ni gobierna sus acciones, siendo ellas todas hijas unas de otras por mecanismo ciego é invisible.

EUG. — Bien hicisteis en prevenirnos, porque jamas he oido cosa semejante.

SILV. — Id continuando, que estoy con mucha curiosidad y atencion.

TEOD. — Mas añade Leibnitz : que el alma tambien es otro reloj ó máquina espiritual, en que to-

das las sensaciones, apetitos, voluntades, discursos y dolores, son cosas que nacen unas de otras por mecanismo necesario, sin que el cuerpo en que esta alma habita tenga allí parte alguna; de tal suerte que si Dios milagrosamente y de repente destruyese el cuerpo que vos teneis, y todos los demas cuerpos de este mundo, vuestra alma no tendria mudanza alguna; ella oiria disputas, veria combates, discurriria, tendria dolores de gota, gustos, apetitos, rabias y resoluciones, del mismo modo que ahora cuando vuestro cuerpo os hace sentir tantos achaques, y nosotros os estamos entreteniendo con conversaciones, y á la noche os ha de entretener el baile que da el embajador de Inglaterra. Una vez que Dios crió vuestra alma, dicen que habia de haber en ella las mismas sensaciones, actos y resoluciones que ahora tiene; aunque no hubiese cuerpo humano, ni sol, ni universo corpóreo, ella veria, oiria, tendria las sensaciones de dolores ó regalos, y el entendimiento haria los mismos discursos.

SILV. — Si no es locura rematada, lo parece.

TEOD. — Esto supuesto, porque Leibnitz nada prueba, supone todo esto para armar su sistema. Dice él que Dios crió una alma, v. g., la de Alejandro Magno, y de ahí (á nuestro modo de explicar) fué á la coleccion de todos los cuerpos posibles y relojes vivientes; y escogió uno, cuyos movimientos cuadrasen enteramente con las sensaciones y actos del alma; de forma que por fuerza habian de concordar las acciones y movimientos del cuerpo con las sensaciones y voluntades del alma, sin que una cosa tuviese la menor accion en la otra, v. g., sa-

bemos por la física que los péndulos tienen esta propiedad, que sus oscilaciones penden de lo largo del cordón ó vara en donde está la lentejilla; si se echase un péndulo á andar haciendo sus oscilaciones, cualquier físico sabe como há de ser otro péndulo que concuerde con él en sus propias oscilaciones, estando á diez leguas del primero, empezando ambos á un tiempo, y acabando igualmente, porque sabe que dando á los dos el mismo largo, y soltando el segundo al principio de cualquiera oscilacion del primero, siempre quedarian acordes en las oscilaciones, sin que un péndulo tuviese accion alguna sobre el otro. Pues de este mismo modo dice Leibnitz que es el cuerpo con el alma; concuerdan entre sí, sin que ni el alma gobierne al cuerpo, ni el cuerpo cause en el alma la menor mudanza ni sensacion.

SILV. — No se puede negar que es cosa bien ingeniosa.

EUG. — Pero bien falsa.

SILV. — ¡Válgame Dios, Eugenio! vos no dáis á las cosas la estimacion que tienen. Esto es una cosa de grande mérito é ingenio.

EUG. — A mí no me importan ingenios ni méritos extravagantes. Quiero que me enseñen lo que es verdad, mentiras bonitas nada valen en mi estimacion; son como amapolas encarnadas, que agradan á los niños, y no tienen estimacion para la gente grande<sup>1</sup>. Lo que yo quiero es conocer mi alma, y

<sup>1</sup> Este sistema de la armonía preestablecida ha hecho muchos fanáticos en los que se llaman filósofos y son impíos, porque si fuera ver-

como la casó Dios con mi cuerpo: si no me enseñan alguna cosa que sea verdad, no me dicen lo que yo quiero, ni me satisfacen á mi deseo. ¿Qué me decís, Teodosio?

TEOD. — Concuerdo con los dos y digo: que este es sistema muy ingenioso; pero nada verdadero.

SILV. — Yo no le apruebo como verdadero; pero me agrada la belleza de semejante invencion.

TEOD. — Si no tuviese tantas dificultades tambien me agradara; pero lo primero supone dos cosas, ambas muy arduas y ambas sin prueba alguna. La una es que nuestro cuerpo sea semejante máquina, que puesta una vez á obrar, necesariamente se vayan siguiendo todos los movimientos que hemos de hacer en toda la vida, sin que seamos dueños de omitirlos, retardarlos, ó apresurar el menor de estos movimientos, aunque nuestra alma fuese destruida.

EUG. — ¿Y hallais, Silvio, grande ingenio en decir, que Camoes haria sin alma la misma poesia como la hizo teniendo alma?

TEOD. — Silvio y yo tendríamos las mismas disputas sin alma; porque una vez que yo nací, todo cuanto he hecho y dicho, todo lo haria y diria aunque me arrancasen el alma; y Silvio me argumentaria sin tener alma, y diria las mismas razones que ahora dice, y me ha dicho, siendo nosotros dos piezas muertas, ó dos figuras de carne y hueso hablan-

dad probada destruiria la libertad; pero el fanático se contenta con impresiones, y no se detiene en buscar demostraciones, que son las que consolidan el discurso.

do entre sí, y disputando, sin tener ninguno de los dos alma. Ahora, pues, siendo cosa tan nueva y extravagante quiere Leibnitz que creamos sea así, porque él lo dice; pero no hay motivo ni razon para creerlo, antes la hay muy poderosa para lo contrario.

SILV. — Yo no sé qué fundamentos tenga; pero me agradaba el modo con que armaba su doctrina. Las cosas de grande ingenio siempre me agradan mucho, aunque sean falsas.

TEOD. — Otra cosa que supone Leibnitz es que el alma es otro autómeta ó máquina espiritual, en la cual todos los pensamientos, juicios, discursos, deseos, afectos, resoluciones, dolores, sentimientos, voluntades, etc., mecánicamente se van sucediendo unos á otros; de forma que una vez criada la tal alma, forzosamente se va siguiendo todo, sin que ni el cuerpo la pueda hacer mudar de sentimiento, ni ella misma tenga fuerza para impedir lo que está en la máquina determinado.

EUG. — De forma, que aunque maten al cuerpo allá se quedará el alma discuriendo, sintiendo dolores, riendo, y quedando tan satisfecha como si en su cuerpo no hubiese novedad.

TEOD. — Sí, señor, así como destruida el alma de repente por accion estrínseca ó disposicion especial y milagrosa quedaria el cuerpo sin alma, haciéndolo todo como si la tuviese; y tambien destruido violentamente el cuerpo, el alma, que no lo esperaba, proseguiria con la serie de actos y sentimientos como si tuviese cuerpo.

SILV. — ¿Os reis de todo eso? Yo lo hallo duro y

extravagante; pero es cosa ingeniosa: y ademas de esto, ¿no sabeis que muchas veces aun despues de cortar una pierna á un hombre vienen ciertos tiempos en que él se queja de que le duele la pierna que le cortaron?

TEOD. — Ya espliqué yo eso á Eugenio, y vos sabeis como sucede; porque cortada la pierna, quedan en el muslo y en todo el cuerpo, y hasta en el cerebro, los nervios que correspondian á la pierna; y cuando algun humor extraño tiene accion sobre estos nervios, se atribuye por la costumbre esa sensacion á la pierna, adonde iban cuando habia pierna; pero despues de muerto el hombre y enterrado, ¿quereis que el alma veinte años despues se queje de un dolor de dientes ó de un cólico que habia de tener en aquel dia, etc., si viviera! ¡Es fuerte pasion! Supongo que eso es porque Wolff tiene un genio muy parecido á los peripatéticos.

SILV. — Tambien por eso, como me dijisteis un dia.

EUG. — Yo decia, Teodosio, que pasásemos á otra cosa, porque esta está tratada lo suficiente para lo que me es preciso.

TEOD. — Pasemos á otro sistema que se atribuye á Descartes.

SILV. — Ese será una maravilla. Es francés y basta.

TEOD. — No obstante, no me agrada mucho.



## § V.

Del sistema de las causas ocasionales.

SILV. — ¿Cómo, pues, explica ese grande doctor la union del alma con el cuerpo?

TEOD. — Descartes para explicar este comercio (qué es el nudo gordiano) establece dos leyes puestas por el Criador. La primera, que cuando unió cosas tan diferentes como el alma y el cuerpo, estableció que todas las veces que en el cerebro se hiciesen ciertas impresiones que viniesen de los miembros, tuviese el alma ciertas afecciones espirituales, que son las sensaciones de ver, oír, etc., las cuales afecciones las habia de producir él mismo en el alma, tomando para esto ocasion de las impresiones hechas en el cerebro. La segunda ley es semejante; pero al contrario. Dice que tambien Dios determinó hacer en nuestros miembros, por medio de los espíritus animales, ciertos movimientos que correspondiesen á los deseos del alma, semejantes á los que ella produciria si tuviese para esto la suficiente fuerza.

EUG. — ¿Y eso os parece bien?

TEOD. — No defiendiendo esta sentencia aunque he enseñado á Eugenio cosas muy semejantes. Dije que Dios, conforme á su ley establecida en el principio del mundo, habia determinado dar á todos los cuerpos el movimiento y la propension de la gravedad.

Dije tambien, que ningun cuerpo empezaba el movimiento, y que Dios por consiguiente es el que principiaba el movimiento en los cuerpos elásticos cuando empezaban á restituirse. Digo que Dios comenzaba el movimiento en los cuerpos animales, y en los que tienen movimiento propio intestino, como el fuego, y todos los animales en quienes reside la especie de alma llamada fuerza vital: así tambien puede ser que hiciese esas leyes; pero no las defiendiendo.

SILV. — Pues entonces ¿cómo es eso? El alma tiene este comercio y union con el cuerpo, y no es esta la armonía de Leibnitz, ni es las causas ocasionales de Descartes; luego es el influjo físico con que me criaron.

EUG. — ¿Con que despues de tantas disputas nos quedamos sin saber nada?

TEOD. — Sabemos mas de lo que sabiamos antes de discurrir en esta materia; porque sabemos lo que dicen los doctos, y quedamos sabiendo que el punto es muy oscuro pero cierto.

SILV. — Pero si os preguntaran qué es lo que seguís en esta materia, ¿qué responderiais?

TEOD. — Que no lo sé.

SILV. — Pero esa no es respuesta de filósofo.

TEOD. — Conforme. No saber un filósofo de profesion lo que saben los otros es vergüenza, y es una miseria que repugna confesar por la propia boca; pero decir que no se sabe lo que ninguno sabe, es tener ánimo verdadero, franco, y enemigo del engaño y de la falsa vanidad. Si yo me persuado á que sé lo que ninguno sabe, es presuncion que no debe

perdonarse, aunque por otra parte merezca compasion, porque ya llega á ser lesion del juicio. Persuadirme yo á que no lo sé, y querer engañar á los demas con palabras oscuras y términos de pompa y ostentacion que nada dicen, es malicia, es soberbia, es ser engañador; por todo lo cual, en la cuestion presente, en que nada hallo que me satisfaga, digo claramente á Eugenio que no lo sé. Vamos á otro punto.

### § VI.

De las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad.

SILV.— Ese sistema es mas descansado y mas cómodo.

EUG.— Y mas estimable en todo sentido; porque él que como yo va á consultar es para salir de la ignorancia, y entrar en la ciencia. Si yo despues de oir mucha doctrina he de quedar ó ignorando ó errando, que es peor, escuso de tomarme el trabajo de aprender.

TEOD.— Amigo Eugenio, si los hombres tuviesen la resolucion de no querer saber sino lo que se puede saber, adelantarian mas en la conquista literaria, porque les quedaria mas tiempo y mas aplicacion para las otras cosas, que con efecto pueden saberse. Esto ahora me vale para tratar bien á la ligera varias cuestiones que hay acerca de nuestra alma, de la cual quanto mas se cuestiona menos se sabe.

EUG.— Pero á lo menos me direis qué idea debo hacer de las tres potencias del alma.

TEOD.— Son tres ocupaciones que tiene la misma alma, ó como tres oficios que tiene este mismo hombre. Cuando conoce, es *entendimiento*: cuando vuelve á conocer lo que ya conoció, se llama *memoria*: cuando ama ó aborrece, desea ó teme, etc., se llama *voluntad*.

EUG.— Pues yo estaba en la idea de que las tres potencias del alma eran como los diversos sentidos del cuerpo, en el cual los ojos que ven son totalmente diversos de los oidos que oyen, y de la nariz que huele, etc.

SILV.— El caso es que vos pensais bien, y así lo dice mucha gente buena,

TEOD.— Y vos, amigo mio, ¿sentais que la gente buena tiene privilegio para no errar? Dejaos, amigo Eugenio, de sacar investigaciones de las calidades de los autores que dicen esto y aquello. Examinad las razones en que se fundan. Y para responder al punto digo: que la misma alma que conoce la conveniencia de un objeto, es la que le desea y le busca, etc. Si fuese cosa diversa la parte que conoce y la parte que desea, seria preciso que la voluntad supiese lo que el entendimiento conocia para gobernarse, porque la voluntad busca ó desea el objeto porque le conviene; luego era preciso que la voluntad conociese aquello que la conviene. Ahora bien, si la voluntad es cosa diversa del entendimiento, no podremos decir que la voluntad conoce; pues el conocer no es su oficio sino del entendimiento. Yo digo que el entendimiento y la volun-